

cional. Más aparente es ello en Alemania donde los reyes del «trust», Rathenau y Stinnes, llevan en la mano todos los hilos de la situación... A raíz de la visita de Stinnes a Londres se dijo que Alemania debía pagar las reparaciones con acciones de bancos, ferrocarriles, canales, etc. Se ha dado ya el primer paso en esta dirección proponiendo que los ferrocarriles alemanes se constituyan como entidad independiente, como una institución económica, sobre la cual no tenga jurisdicción alguna el mismo Parlamento». Parece un primer paso en las teorías del socialismo gremial, y así resultará cierto, no sólo que los «trust» dan lecciones al socialismo, sino también que aquéllos las reciben de éste.

El predominio del hombre subalterno.

DE lo que antecede no ha de desprenderse necesariamente la idea de que basta no ser hombre de negocios para gobernar con idoneidad y honradamente. Virtud primordial del gobernante ha de ser la capacidad de medir la estatura moral de los hombres, a poco de estar en contacto con ellos. No es absolutamente indispensable que tenga talentos administrativos, pero suya ha de ser la perspicacia necesaria para discriminar entre los que poseen «las dotes del organizador» y aquellos a quienes apenas les compete el papel de subalternos en el mecanismo del Estado. Por desgracia, la Europa de nuestros días parece ufanarse del papel desbordante que desempeñan los hombres subalternos en la dirección de la política internacional.

Londres, 1922.

(La Nación. Buenos Aires).

Erratas

Nos escribe el Sr. Murillo y nos señala estas erratas en su carta publicada en los números 20-21 del tomo en curso del REPERTORIO, febrero 5 de 1923:

Página 283, columna 3ª, línea 32, dice: sectores; léase: vectores.

Página 284, columna 1ª, línea 33, dice: circulares; léase: triangulares.

Página 284, columna 2ª, línea 16, dice: heptaeovoidal; léase: heptaedroidal.

Página 284, columna 2ª, línea 26, dice: el artículo; léase: en el artículo.

Página 284, columna 2ª, línea 27, dice: puso; léase: dice.

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.

¿Raza o cultura?

Todavía no existe la raza

POR A. MASFERRER

II

(Véase el número anterior)

SE da como supuesto, por la mayor parte de los que estudian la cuestión de que venimos hablando, que hay una raza en Hispano-América, a la cual llamamos, como si fuera cosa evidente y de todos sabida, *nuestra raza*, o *la raza*. Sería curioso averiguar cuál es y dónde está, y cuántos millones de habitantes la forman.

Que se está formando una raza, y que puede hallarse totalmente formada al correr de un siglo, tal vez menos, es cosa segura y visible. Pero que ahora, ya, exista esa raza, caracterizada, *una*, o siquiera predominante, es sencillamente, una ilusión.

El único grupo que a primera vista reuniría los caracteres de sobresalencia y predominio, sería, no el hispano-indio, según lo imaginamos, — con preponderancia de lo hispano sobre lo indio, — sino el indo-hispano, como en realidad existe, con preponderancia del elemento indio sobre el hispano: una mayoría enorme de mestizos, en que la sangre india entra por tres partes o poco menos, contra una de sangre española. Mas, aun aquí nos encontraríamos, si lo examinamos atentamente, con un fenómeno engañoso; puesto que ese núcleo está variando constantemente: en unos países, deprimiéndose y acabándose el elemento indio, como en los países extremos de Sud América; en otros, como en algunos de América del Centro, reaccionando el indio y aventajando al elemento hispano.

Y aun suponiendo que tal núcleo mestizo existiera ya fijo y perfectamente definido, habría que preguntar a nuestros escritores y sociólogos, si esa es la raza que se proponen defender y enaltecer. Si esa fuera, deberían comenzar por declararlo, para ver qué destino les reservamos a los millones de indios puros, de negros, de mulatos y de zambos que tenemos en México, en las Antillas, en Centro América, en todo el Caribe, y menos, pero siempre en cantidad considerable, en los pueblos del sur.

Pero no, no han pensado en tal cosa, y cuando hablan de defender y cultivar la raza, se refieren vaga e inmediatamente a un núcleo blanco o casi blanco; algo casi español o casi francés, al que designan con el adjetivo de *latino*. Tan falso el hecho como el

nombre.— Ese núcleo latino, es, en el dominio de la realidad, y si nos referimos al vasto conjunto hispano-americano, una minoría muy pequeña, apenas advertible. La verdadera raza americana no es esa, ni otra alguna; es algo que se está creando, y que si llega a definirse, a imponerse en el mundo como un valor primario, no subordinado a los angloamericanos ni a nadie, no será porque la cultivemos y defendamos racialmente, sino por que la habremos hecho nacer de una cultura.

* *

Si revisáramos, nación por nación, los elementos étnicos de nuestro Continente, en la vasta porción indo latina, veríamos cómo esa raza que se supone una, concreta, predominante, no es, en verdad, sino una abstracción, una realidad que vendrá, pero que todavía no alcanza a concretarse, y que, por consiguiente, no puede servir de punto de mira o de base, cuando se trata de estudiar y de resolver problemas tangibles y apremiantes.

Mas, suponiendo que se tratara de una realidad próxima, de algo que ya luego hubiera de manifestarse como un núcleo racial amplio, intenso, expansivo y dominador, como *nuestra raza*, en fin, ¿cuándo y cómo se ha demostrado que *raza* y *cultura* sean causa y efecto, condición y consecuencia? ¿Cuándo el pertenecer a una misma raza impidió a los pueblos oprimirse entre sí, despojarse y asesinarse? ¿Acaso lo probaron así las recientes y sangrientas lecciones de la Guerra Mundial?...

Una cultura: crear, modelar, y arraigar una cultura; ¡una nueva, amplia y superior cultura! Esto sí que se necesita, se puede, y vale la pena de intentarse. Mas con ello, nada tienen que ver las cuestiones raciales, como no sea rodear de oscuridad la concepción del propósito, y retardar y bastardear su realización, sembrando desconfianzas, recelos, divisiones y odios entre los elementos llamados a vivificarlo y perfeccionarlo.

¿Se dirá que esta es una mera cuestión de palabras, sin esencial importancia en lo que atañe al fin propuesto? Absolutamente no: si nuestro miraje y nuestro criterio son *la raza*, el hecho